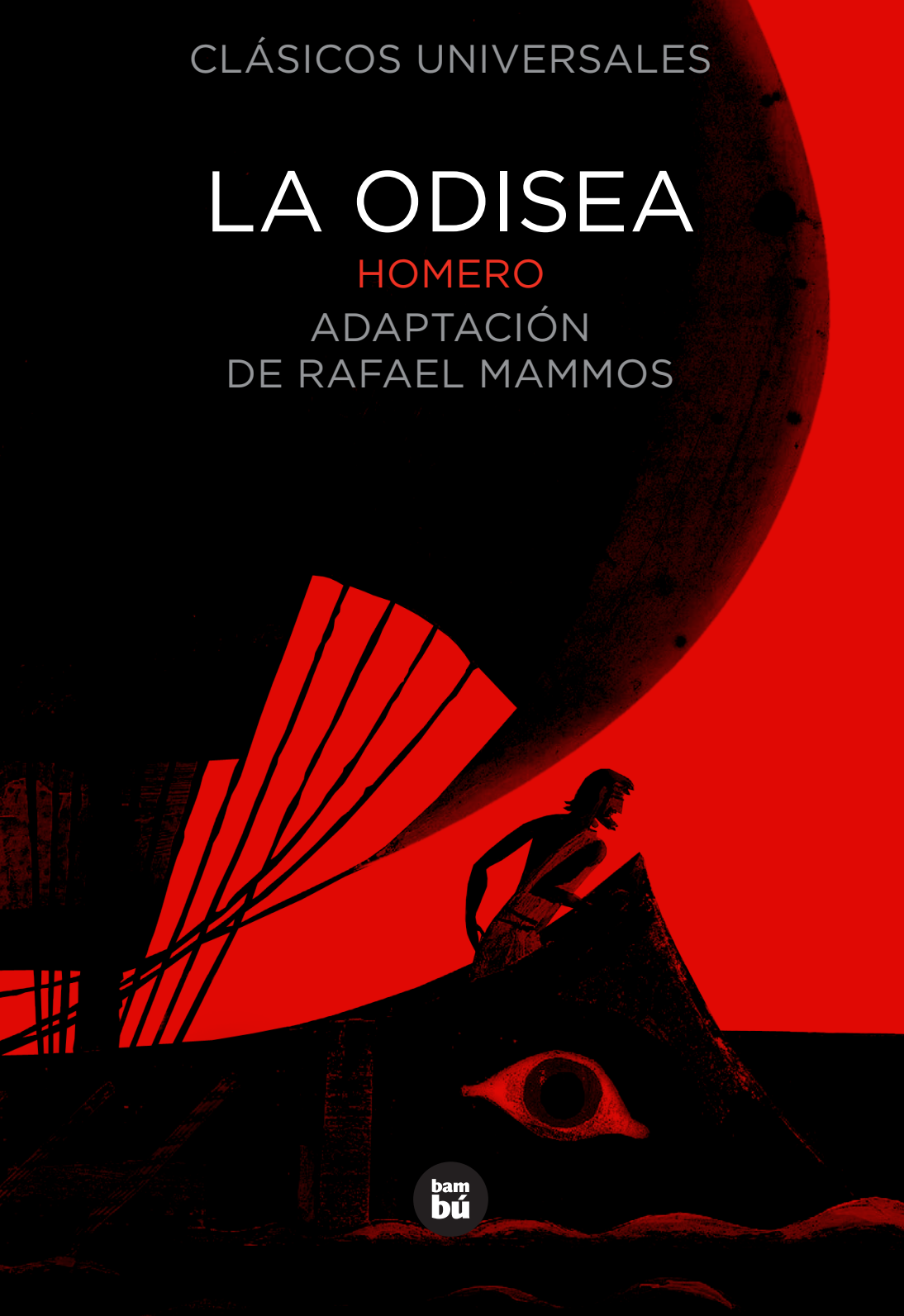


CLÁSICOS UNIVERSALES

LA ODISEA

HOMERO

ADAPTACIÓN
DE RAFAEL MAMMOS



bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2009, de la adaptación, Rafael Mammos
© 2009, de las ilustraciones, Pep Montserrat
© 2014, de esta edición, Editorial Casals, SA
Casp, 79 — 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección: Liliانا Palau / Enric Jordi
Imágenes del cuaderno documental: © Aisa,
© Album/akg-images, © Corbis/Cordon Press.

Cuarta edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-8343-311-9
Depósito legal: B-1777-2014
Printed in Spain
Impreso en Índice SL
Fluvià, 81-87 — 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

LA GUERRA DE TROYA

Era Troya una ciudad rica y poderosa de la costa del Asia Menor. La gobernaba el rey Príamo, un hombre sabio y justo, querido por sus súbditos. Tenía muchos hijos, entre ellos Héctor, un guerrero bueno y valiente, y Paris, un joven risueño y atractivo que finalmente fue la ruina de su patria. Los oráculos, que predecían los sucesos futuros, ya lo advirtieron cuando Paris nació: aquel niño sería como una antorcha que incendiaría la ciudad. Por eso, Príamo prefirió la muerte de uno solo de sus hijos a la perdición de todo el reino, y abandonó al recién nacido en el desierto, para que muriera de hambre. Pero nada se puede hacer contra el destino, que ya había predicho la suerte de Paris y de Troya entera. Así sucedió que unos pastores encontraron al niño abandonado y decidieron criarlo como a un hijo. A partir de ese día, Paris creció entre los pastores sin saber que por sus venas corría sangre de reyes.

Pero al cabo de muchos años, cuando Paris era ya un hombre joven, sus padres adoptivos le revelaron la verdad

sobre su origen. Paris, al saber de quién era hijo, se fue a Troya a ver al rey Príamo, su verdadero padre, para que lo reconociera como hijo legítimo. Y el viejo Príamo no tuvo más remedio que aceptar a Paris. Sin embargo, el rey recordaba todavía la predicción de los oráculos, según la cual el joven traería la ruina a su ciudad. Por eso, decidió enviarlo a Grecia, con la idea de tenerlo lo más alejado posible de Troya.

Por aquel tiempo, Grecia era un conjunto de ciudades independientes y cada una tenía su propio rey. Paris, viajando por aquellos lugares, fue a parar a la ciudad de Esparta, a la corte del rey Menelao. Se decía que la esposa de este rey, la reina Helena, era la mujer más hermosa del mundo, y que su belleza era comparable a la belleza de las diosas. Cuando Paris llegó, pues, a Esparta, fue amablemente acogido por Menelao, como le corresponde a un rey que recibe a un extranjero. Pero el joven mal le pagó su favor: Paris se enamoró ciegamente de Helena, y se olvidó del respeto que debía a su anfitrión. De manera que un día la secuestró y se la llevó de Esparta, aprovechando la ausencia del rey Menelao. Los amantes corrieron a refugiarse a Troya, para desesperación del viejo Príamo, que veía cómo empezaba a cumplirse la predicción.

Una ofensa tan grande a un rey tan poderoso no podía quedar sin castigo. Menelao tenía un hermano, Agamenón, el hombre más influyente y rico de Grecia: los dos juraron recuperar a Helena y destruir la ciudad de Troya, que había acogido a los amantes furtivos. Con su autoridad, Menelao y Agamenón convocaron a los reyes y príncipes de otras ciudades para unirse en una gran alianza y formar

una expedición militar contra Troya. Así, tras reunir un gran ejército, las naves de Grecia partieron y se dirigieron hacia las playas de Troya. Junto a Menelao y su hermano Agamenón viajaban también los mejores guerreros del país, como Aquiles, el mejor luchador griego, hombre casi invulnerable, hijo de una diosa; estaba también Áyax, un soldado lleno de furor, de corazón implacable; el sabio Néstor, cuyos consejos salvaron más de una vez a los suyos; y Ulises, un hombre valiente y, sobre todo, astuto, a quien nadie superaba en ingenio.

Ulises, rey de la isla de Ítaca y de otras pequeñas islas de los alrededores, era respetado en su tierra y muy querido en su casa. Su esposa era la bella Penélope; poco antes de partir hacia Troya, ambos tuvieron un hijo, de nombre Telémaco. Aunque Ulises intentó librarse de acudir a la guerra sirviéndose de diversas tretas, al final no tuvo más remedio que acompañar al resto de los griegos en la expedición. Con gran pesar, se vio obligado a dejar a su esposa en la flor de la edad y a su hijo, que era un niño de cuna. Durante todo el tiempo que Ulises estuvo combatiendo lejos de su hogar, jamás se olvidó de su familia ni de su hogar, la tierra de Ítaca, a la que estaba decidido a regresar algún día. Con todo, fue precisamente gracias a él que Troya fue destruida.

Durante los diez años que duró la guerra ante las murallas de Troya, los combates se sucedían uno tras otro sin que hubiera un claro vencedor: troyanos y griegos ganaban y perdían según Zeus alternaba las suertes de la batalla. De ambos lados se perdieron muchos buenos guerreros. En el bando troyano, Héctor, el más valiente defensor de la ciudad,

murió a manos del implacable Aquiles; más tarde, el mismo Aquiles cayó por un disparo de Paris, que le clavó una flecha en el talón, su único punto débil; y Paris a su vez fue muerto por otros combatientes griegos. Al final, todos aquellos grandes guerreros mordieron el polvo en plena batalla.

Era el décimo año de la guerra, y ningún ejército podía superar al otro. Sin embargo, los griegos entendieron que, con la mera fuerza de las armas, nunca lograrían vencer a los troyanos y entrar en la ciudad. Entonces fue cuando Ulises, el rey de Ítaca, tuvo la idea que puso fin al conflicto y otorgó la victoria a su bando. Siguiendo sus instrucciones, los griegos construyeron un caballo de madera gigantesco y lo dejaron abandonado en la playa, a la vista de los habitantes de Troya. Luego, fingieron rendirse y embarcaron como si se retirasen de la lucha y volvieran a su país, cansados de luchar. Pero en realidad era todo teatro: en lugar de surcar el mar, se habían escondido en unos islotes que había muy cerca de la ciudad, esperando el momento justo para atacar.

Los troyanos observaron con gran alegría cómo las barcas griegas se alejaban mar adentro: pensaban que la guerra por fin había acabado. Al ver el gran caballo de madera en mitad de la playa, creyeron que se trataba de una ofrenda a Poseidón, rey de las aguas, ofrecida por los griegos para que el dios les fuera favorable en el viaje de regreso. Decidieron arrastrar el caballo dentro de sus murallas, sin sospechar que en su vientre hueco se escondían Ulises, Menelao y otros guerreros griegos, quietos y en silencio, preparando la emboscada.

Aquella noche, en Troya, fue toda de celebraciones y fiestas. Todos los ciudadanos salieron a las calles a festejar el

fin de la guerra, sin saber que el destino de su ciudad estaba por cumplirse. Cuando ya el último habitante de Troya dormía, rendido por el cansancio y el vino, los héroes griegos salieron silenciosamente del vientre del caballo. Sin que nadie se diera cuenta, abrieron las puertas de la ciudad para que penetrara el resto del ejército, que ya había vuelto de su escondite en las islas y estaba preparado para el ataque. De esta forma, se precipitaron todos los guerreros griegos a través de la muralla, dispuestos a sembrar la destrucción de sus enemigos.

Aquello fue la ruina de Troya. Los griegos atacaron sin piedad y no dejaron a ningún hombre vivo en la ciudad; se llevaron a las mujeres jóvenes como esclavas, saquearon todas las riquezas, vaciando casas y palacios. Finalmente, incendiaron la ciudad, que poco a poco se hundió en cenizas bajo aquella noche sin estrellas, llena de fuego. Menelao recuperó por fin a su mujer Helena, que había sido el motivo de toda la guerra, y se la llevó de vuelta a Esparta, de donde la había secuestrado el traidor Paris.

Para los guerreros griegos que todavía vivían era el momento del retorno a sus casas paternas, tras diez años de ausencia. Con las riquezas que habían obtenido del saqueo de Troya, partieron cada uno a su tierra, sabiendo que su gloria, desde entonces, sería casi infinita; la guerra era ya solamente un recuerdo que los poetas futuros convertirían en música y canto.

Pero en este retorno tan deseado, la suerte de unos y otros fue desigual. Agamenón, el poderoso comandante del ejército griego, llegó rápidamente a su hogar, pero encontró



Sainte
Le geste cruel
peintes sur sa
Ce Tableau
de l'expression



solo desgracia y muerte; Menelao, su hermano, tardó años en llegar, retenido en costas extranjeras contra su voluntad. Pero quien más penas sufrió fue Ulises, el rey de Ítaca. Protegido por Atenea, odiado por Poseidón, él nunca se olvidó de regresar a su patria, donde lo esperaba su hijo Telémaco, convertido en hombre, y su esposa Penélope, que pasaba los días tejiendo y destejiendo en el telar. Todavía tardó nuestro héroe diez años más en volver, diez años llenos de mar, de monstruos y de cielos revueltos; pero jamás lo abandonaron la constancia y el deseo de volver a su hogar.

Y esta historia que empieza es la odisea del héroe Ulises, rico en ingenios.

I. LOS CICONES

Con la esperanza de volver a su patria, tan querida, Ulises y sus compañeros aqueos prepararon las naves para la partida. Subieron a bordo todas las riquezas que habían saqueado de Troya como botín de guerra. Izadas las velas y recogidas las anclas, se embarcaron en las naves de lisa proa y surcaron las olas mar adentro. Tras tantos años de lucha, Ulises por fin tomaba el camino a su hogar, en la isla de Ítaca, donde le esperaba su esposa Penélope y su hijo, que era un niño cuando él se marchó.

Pero ya en alta mar, los vientos, quizás por voluntad divina —que a menudo es cambiante y oscura—, no les fueron nada favorables; soplando con fuerza, desviaron las naves de Ulises de su ruta y las llevaron hasta Ísmaros, donde habitaba el pueblo de los cicones; allí fue donde Ulises y los suyos desembarcaron. Según la costumbre de entonces, feroz y sangrienta, los hombres de Ulises destruyeron a todos los cicones que opusieron resistencia y luego saquearon la ciudad, sin sentir pena. Los cicones que habían sobrevivido

huyeron hacia las afueras y los griegos, contentos con el botín logrado, no se hicieron a la mar, sino que prefirieron celebrar un gran banquete en el que no faltaron carneros abundantes para cocinar a fuego lento, bien regados con vino oscuro del mejor. No obstante, el prudente Ulises quiso huir con el botín que habían conseguido, pues creía que aquella imprudencia les saldría muy cara; pero, por mucho que insistió, nadie le hizo caso. Y ocurrió lo inevitable.

Los cicones que habían escapado de la matanza corrieron a las montañas de las afueras, donde habitaban otros grupos de cicones, incontables. Y cuando supieron del ataque y el saqueo de los griegos, se reunieron y, bien armados y conducidos por nuevos capitanes, se presentaron en la ciudad, donde los hombres de Ulises pensaban solo en comer, beber y gozar sin pausa. Nunca hubieran imaginado que les caería encima una nube de cicones, tan numerosos como las hojas y las flores de los árboles cuando llega la primavera. Se defendieron a duras penas, bajo la guía de su rey, el valiente Ulises. Después de algunos violentos combates, consiguieron embarcarse de nuevo y huir mar adentro, pero sin los compañeros que yacían en tierra, sin vida: tal había sido la furia vengativa de los cicones.

Consternados por el devastador contraataque que habían sufrido, Ulises y los suyos retomaron rumbo hacia Ítaca, con la esperanza de no verse obligados a detenerse otra vez; pero, una vez pasado el cabo de Malea, un viento de mistral bravo y violento se los llevó más allá de la isla de Cítera. Y durante nueve días seguidos las naves de Ulises fueron juguete de los vientos desatados, que les hacían trizas las velas y desarma-

ban el maderaje del navío. ¡Pobres marineros, que en el mar negro y en el cielo creían ver un monstruo amenazante sobre ellos! Ya pensaban que jamás vislumbrarían su casa natal.

Pero, pasados esos nueve días, el tiempo se calmó y Ulises y los suyos avistaron una tierra desconocida. Tras desembarcar, pudieron sacar agua fresca de unos pozos, y comer así sin preocupaciones. Entonces Ulises ordenó a tres de sus hombres que se adentraran en aquella tierra para ver a qué país habían llegado, qué frutos daba el suelo y qué raza de gente albergaba. Resultó que se trataba del país de los lotófagos, es decir, los comedores de la flor de loto, una flor dulce como la miel, pero que provoca a quien la come el olvido de la patria, de tal modo que, por mucho que uno ame y añore su casa, ya no quiere marcharse de esa tierra tan amena y agradable, en la que nace esta flor tan especial y que tan bien sabe.

Los tres exploradores de Ulises se presentaron ante los lotófagos, que eran gente hospitalaria. Y ellos les invitaron a probar de aquel manjar misterioso y extraordinario que regalaba la tierra.

—Probad, probad, a ver qué os parece —les animaban los lotófagos sin mala intención.

Y los tres infelices así lo hicieron: probaron la flor de loto y la encontraron exquisita de verdad. Y, olvidándose de la tierra de Ítaca, con sus montes poblados de viñas y olivos, declararon que vivirían por siempre jamás en aquel lugar tan maravilloso.

Cuando Ulises se enteró de que no querían embarcarse para proseguir el viaje, se compadeció de ellos; aun así, los cogió por la fuerza y los arrastró hasta las naves, sin hacer

caso de sus llantos y quejas. Y en seguida dio orden a sus marineros de zarpar y abandonar aquella tierra, acogedora y alegre, pero donde se corría el peligro de olvidar la casa propia y todo lo que en ella se había dejado. Y, tras partir del país de los lotófagos, las naves del rey Ulises tomaron el rumbo de tramontana.

II. EL CÍCLOPE

Lejos ya del país de los lotófagos, las naves de Ulises avanzaban lentas, ya que el mar estaba en calma; no había ni un soplo de viento y tenían que empujar los bajíos a fuerza de remos. Y así anduvieron hasta que, tras mucho navegar, llegaron al país de los cíclopes.

Los cíclopes son gigantes terribles. Miran con un solo ojo, que tienen en mitad de la frente: su aspecto infunde gran terror. Son gente salvaje que ha habitado siempre la misma isla, de donde no se moverán jamás. Allí, su tiempo pasa sin leyes, normas ni respeto, y cada uno de ellos procura solo de sí.

Hay otra isla justo en frente de esta, más pequeña, cubierta de frondosos bosques y rica en cabras salvajes; pero está deshabitada, porque los cíclopes no conocen la navegación y no hubieran podido llegar a ella aunque quisieran. Allí fue donde el rey Ulises fondeó las naves y las situó, al amparo de una cala oculta. Y entonces habló así a sus compañeros:

—Quedaos aquí, amigos, mientras mis hombres y yo con mi nave investigamos qué hombres viven en estos parajes, si son arrogantes y violentos o, por el contrario, gente de bien.

Y así Ulises dirigió su nave hasta la isla más grande, de donde se alzaban nubes de humo de las hogueras hechas, seguramente, por los que allí habitaban.

Cuando sus hombres y él desembarcaron, vieron una cueva no muy lejos de la playa, en mitad de una colina riscal, mirando hacia el mar. Ulises y los demás entraron en ella, encendieron un buen fuego y cenaron. Llevaban consigo una cesta de pan y en la cueva encontraron enormes trozos de queso; tenían, además, un vino oscuro, dulce bebida divina, que tiempo atrás habían regalado a Ulises. Después de comer tan bien, se acurrucaron todos alrededor del fuego. Pero al caer la tarde, se presentó el amo de la cueva, el terrible Polifemo, el más alto y fuerte de los cíclopes, y también el más temido, porque era hijo de Poseidón, el dios de las aguas y los mares. Venía con su pequeño rebaño de ovejas, a las que había llevado a pastar todo el día. Las ovejas eran gigantescas, como proporcionadas a la altura colosal de su dueño. Y cuando el cíclope las hubo reunido en un rincón, cerró la entrada con una roca inmensa, que solo un gigante como él sería capaz de mover.

Polifemo vio entonces a Ulises y a los suyos, y preguntó:

—Forasteros, ¿quiénes sois? —su voz retumbó por las huecas paredes de roca.

—Somos unos aqueos que venimos de Troya, donde combatimos a las órdenes del gran Agamenón, pastor de hombres —respondió Ulises—. Buscamos el camino de nuestro hogar añorado, por el que tanto suspiramos; pero los vientos

nos han llevado por otras sendas. Ahora nos ponemos a tus rodillas para pedirte hospitalidad, en nombre de Zeus todopoderoso, el gran dios protector de los desvalidos y peregrinos sin techo.

—Debes de haber perdido la cabeza, forastero —respondió el implacable Polifemo—, si crees que por algún asomo nosotros, los cíclopes, tenemos que preocuparnos de Zeus, que lleva la égida, y de todos los demás dioses. Nosotros valemos mucho más que ellos. Y no dejaré de hacer lo que me venga en gana para tenerlos contentos. Pero antes que nada, quiero que me digas en qué lugar de la isla habéis dejado la nave que hasta aquí os ha traído.

Ulises, desconfiando con acierto de los propósitos del cíclope, le respondió con medidas palabras:

—El gran dios Poseidón, en su furia divina, ha destrozado mi nave y la ha hecho añicos al lanzarla con fuerza suprema contra los riscos de tu región. Solamente los compañeros que están aquí y yo hemos podido sobrevivir a una suerte tan oscura.

Pero Polifemo no dijo nada más y, alargando su mano poderosa, cogió por los pies a dos compañeros de Ulises, los golpeó contra el suelo, les aplastó la cabeza y se los comió tal cual, crudos, sin dejar resto ninguno, ni tan siquiera el hueso más pequeño. Ulises y los demás se espantaron, suplicando con las manos al cielo. El gigante, después de haber vaciado una buena jarra de leche para hacer bajar la vianda, se acostó con su enorme panza hacia arriba y se quedó dormido.

Ulises, lleno de rabia y dolor, tuvo el impulso de hundirle la espada en el hígado, pero, como hombre prudente que era,

meditó las consecuencias y se contuvo, porque sabía muy bien que ellos solos no podrían mover la enorme roca que impedía salir de la cueva. Y con el corazón lleno de suspiros, esperó a que se hiciera de día.

Cuando, con sus dedos de rosa, llegó la Aurora, el monstruo se despertó y ordeñó a sus ovejas. Luego, cogió a otros dos hombres del grupo de Ulises y los engulló como desayuno, bien remojados en la leche acabada de ordeñar. Muy satisfecho, movió la roca de la entrada para hacer salir a sus ovejas y se las llevó a pastar, después de haber cerrado de nuevo la boca de la cueva, dejando encerrados a Ulises y a sus compañeros.

El rey de Ítaca reflexionaba sobre cómo podrían escapar de aquel mal trago tan doloroso. Al ver que en un rincón de la cueva estaba el gran bastón del cíclope, que era tan largo como el mástil de una nave, lo tomó y le arrancó un buen trozo. Lo afiló hasta que le dejó una aguda punta y luego lo endureció al fuego. Decidió esconderlo bajo las heces de las ovejas para que el horrible Polifemo no lo viera.

Al anochecer, Polifemo volvió con sus ovejas, que recogió al fondo de la cueva. Las ordeñó y para la cena devoró a dos más de los pobres marineros. Cuando se disponía a remojar la comida con una jarra de leche, Ulises se le acercó con una bota de vino; aquel vino era de lo mejor que llevaban en las naves.

—Ten, cíclope —le dijo Ulises, tendiéndole la bota—. Bebe este sorbo digno de los dioses y ya verás que no hay leche que se le pueda comparar. Este era el presente que te habíamos reservado, como justo agradecimiento a la hospi-

talidad que nos atrevíamos a esperar de ti. Bebe, y ya sabrás decirme si no es la mejor bebida del mundo.

Polifemo se lamió los labios, tomó la bota y la apuró hasta el poso. En seguida quiso repetir y dijo:

—¡Forastero, dame más de esto! En la isla hay muchas viñas, con cepas que dan uvas dulces y gustosas, y las lluvias de Zeus las hacen crecer, pero este vino, te lo digo, es como una bebida divina, incomparable, gotas de néctar en mi boca.

Y se bebió con mucho gusto la siguiente ronda a la que le invitó el astuto Ulises, y la siguiente también. Así, el terrible cíclope se puso de buen humor, casi amable, y dijo a Ulises que tenía intención de ser considerado con él, para agradecerle el don de aquella bebida de tan buen beber.

—Tú —le prometió—, tú serás el último a quien comeré. Por eso quiero saber cómo te llamas.

Ulises, a pesar del miedo que sentía, tuvo una mordaz idea y le contestó:

—Yo me llamo Nadie, cíclope. Ese es mi nombre y así me llama todo el mundo.

—Pues te prometo que Nadie será el último al que me coma —respondió Polifemo.

Y después de esto, bajo el dulce sopor del vino que se había bebido, se echó en el suelo y se quedó dormido. Sus ronquidos resonaban por toda la cueva. Entonces llegó el momento: Ulises y los suyos cogieron el tronco puntiagudo que tenían escondido y, con todas sus fuerzas, se lo clavaron al monstruo en su ojo único y redondo, justo en mitad de la frente. Mientras los demás aguantaban el tronco, Ulises





lo giraba y lo volvía a girar, para que hiciera más efecto. El cíclope se despertó —el dolor había sido terrible— y se puso a dar gritos desesperadamente, gritos que debieron de llegar a todos los rincones de la isla. Todos los demás cíclopes levantaron la cabeza al oír el estruendo y se reunieron ante la entrada de la cueva de Polifemo. Alzando la voz, para que se les pudiera oír desde dentro, preguntaron:

—Polifemo, ¿qué te pasa? ¿Por qué exclamas de esa manera, con esos aullidos de bestia herida, que rasgan el silencio de la noche oscura y nos quitan el sueño? ¿Es que hay alguien por ahí que te quiere robar el rebaño o que te hace daño con astucia malvada?

—Compañeros —les respondió Polifemo desde el interior de la cueva—. Nadie me mata, no con la fuerza, sino más bien con la astucia.

Al oír esta respuesta, los cíclopes no supieron qué pensar. Quizás al pobre Polifemo se le había apagado alguna luz en la cabeza y se quejaba sin ningún motivo.

—Si nadie te mata y te quejas de esta manera, será que Zeus todopoderoso te ha enviado algún mal al cerebro —le dijeron—. Ánimo, tómatelo con calma y duerme, que mañana será otro día.

Y como todos tenían bastante sueño, se volvieron a dormir sin dar más vueltas al asunto.

Llegó de nuevo la Aurora, que deja el cielo lleno de nubes rosadas. Polifemo, aunque dolorido por la herida y ciego, se levantó y se acordó de sus queridas ovejas, que no tenían ninguna culpa de lo ocurrido y tenían que salir a pastar, como todos los días. A tientas, retiró la roca y se colocó él

mismo en la entrada de la cueva. Y para evitar que los marineros huyeran con el rebaño, iba palpando una a una las ovejas mientras salían. Pero el astuto Ulises se abrazó al vientre de un enorme cordero y ordenó a los suyos que hicieran lo mismo. Así pudieron salir todos de aquella cueva siniestra, en la que habían pasado unas horas tan negras. Aunque Polifemo estuvo atento para que no se le escaparan de las manos aquellos prisioneros malditos que lo habían privado de la vista, no pudo evitar el éxito de aquella evasión, porque no pensó que a los griegos se les ocurriría aquella estratagema. Y es que el deseo de libertad aguza el ingenio.

Ulises y sus compañeros volvieron corriendo a las naves que habían dejado escondidas en la cala de la otra isla. Se proveyeron de agua y comida y, veloces, se hicieron a la mar. Al pasar bajo un risco, vieron que en su cima estaba el terrible y cruel Polifemo. Por una vez, Ulises olvidó su proverbial prudencia y no pudo contener su lengua, de modo que dirigió al monstruo estas palabras vengativas:

—¡Polifemo! Si alguna vez alguien te pregunta quién te ha vaciado el ojo, puedes responder que lo ha hecho Ulises, rey de Ítaca; Ulises, el destructor de Troya.

Rabioso hasta el extremo, Polifemo cogió una roca descomunal y la lanzó contra las naves de los griegos. Como no veía, no pudo apuntar; se dejó guiar por el instinto y a punto estuvo de alcanzar una de las naves. Y los griegos, sin más preocupación, se dieron prisa por alejarse de aquellos peligrosos parajes.

Entonces Polifemo recordó que mucho tiempo atrás le habían predicho su desgracia: un tal Ulises de Ítaca le dañaría el ojo y lo reduciría a la ceguera.

—¡Ay, quién iba a decir que aquel renacuajo sería el terrible Ulises de Ítaca! —se lamentaba amargamente Polifemo—. Y yo que me imaginaba que sería un gigante poderoso, indestructible...

Y puesto que era hijo de Poseidón, señor de las aguas, le dirigió esta plegaria, vehemente y dolida:

—Te suplico, padre mío, que este Ulises maldito, que tanto daño me ha causado, no vuelva jamás a su patria. Pero si es cosa del destino que regrese a Ítaca, entonces, haz que llegue tarde, sin sus compañeros, en el navío de otro y que encuentre penas en su casa.

Y el dios que el tridente empuña, poderoso y severo, atendió la plegaria desesperada de su hijo.